
COLABORACION

DOMINACION Y PERSONALIDAD

JESUS VICTOR SAN ROMAN

"Es evidente que los estudios que han prevalecido hasta ahora adolecen de una metodología inadecuada para investigar las relaciones entre estructura y valores. . . el énfasis de la investigación se desplaza ahora hacia las cuestiones que suscita la estructura, percibida en la perspectiva de los mecanismos de dominación".

José Matos Mar, William F. Whyte, Julio Cotler, Lawrence K. Williams, J. Oscar Alers, Fernando Fuenzalida V., Giorgio Alberti, *Dominación y cambio en el Perú rural*. Lima, 1969, 295.

Justificación de un modelo

Para el análisis que ofrecemos, hemos utilizado de un modelo ideal de dominación. Y la dominación la definimos como "un proceso social por medio del cual uno o varios individuos ejercen poder sobre otros, imponiendo una tasa de intercambio que le es totalmente favorable" (1). Evidentemente, la dominación, en su forma abstracta de modelo ideal, no tiene su correspondiente referente empírico. Sin embargo es útil como instrumento analítico ya que nos permite encuadrar las actitudes y los comportamientos dentro de un continuo. Y el continuo sí presenta casos concretos que van referidos al modelo ideal. Estos casos concretos se dan en cada relación social, cultural, económica y política. Sintetizando, el modelo ideal no se encuentra en la realidad, pero permite ordenar los hechos ocurridos en el largo proceso histórico, presentando una secuencia racionalmente concatenada. Por tanto sirve como patrón estático de referencia para definir situaciones concretas,

(1) José Matos Mar, etc., *Dominación y cambios en el Perú rural*. Para la definición del modelo abstracto y con fines de comparación hemos utilizado de este estudio.

La selva ha vivido desde el siglo XVII, con más o menos intensidad, una relación de dependencia colonial (2). Primero fue "tierra de misión" que había que cristianizar; y, después, campo de riquezas naturales que se podrían explotar. Particularmente la relación colonial de este último período está jalonada de hechos y sucesos, por ejemplo el caucho, que han marcado profundamente la personalidad del hombre de la selva. Ello nos permite, con toda lógica, tomar, como modelo ideal de análisis para la selva, la dominación y su sistema de dependencias. La implantación de este modelo de dominación, aunque desigual, con particular intensidad y gravedad en determinados momentos y lugares, ha sido una constante de la relación colonial en la selva.

Un modelo de alta dominación

El análisis que vamos a realizar va centrado fundamentalmente en el concepto de poder. Y, en el modelo ideal de dominación que presentamos, el poder se polariza hacia las formas extremas de todo o nada. Esta polarización bimodal divide al grupo humano en dos categorías: superior y subordinado. El superior retiene el poder -todo el poder de decisión-, mientras que el subordinado carece de poder.

Ahora bien, el poder tiene su punto de apoyo en la necesidad. Y la necesidad es un concepto plural, tanto en su contenido como en su ordenación. Son exigencias físicas, psíquicas, intelectuales, deseos de prestigio y apetencias de estar a la moda, etc. Al ser plural, la necesidad abarca la totalidad del espacio vital del individuo y su campo de influjo.

La respuesta a la necesidad viene dada también en forma plural y condicionada. Me refiero, sobre todo, a los diversos modos y grados de dependencia en la relación superior-subordinado. Y es que el superior impone las decisiones y el subordinado se limita simplemente a responder, cumpliendo fielmente las órdenes. No podría obrar de otro modo, pues vive en un mundo de escasez: escasez de dinero, escasez de oferta y demanda, escasez de prestigio, escasez de justicia, y escasez de otros muchos bienes. La necesidad sentida de estos bienes que escasean, hace débil al subordinado y le somete a la voluntad del superior. No hay que olvidar el control estricto que, en el modelo ideal, el superior tiene sobre el mundo de los bienes. Para mantener ese control, el superior usa, unas veces, de las dificultades naturales del medio físico, otras veces se aprovecha de momentos anormales, y otras crea situaciones artificiales. El fin es retener por todos los medios el poder de decisión.

Para la selva, el poder de decisión, en su forma actual, es el resultado de un proceso histórico de rasgo colonial. Y los hechos que jalonan ese proceso

(2) Jesús V. San Román, *Perfiles históricos de la Amazonía peruana*. Lima, 1976. La secuencia histórica, presentada en este libro, nos excusa abundar en detalles.

histórico, han configurado un modelo propio de dominación. El primitivo y posteriormente el ribereño han vivido una situación de explotación, con su acompañamiento de injusticias. A una primera presión colonizadora de rasgo cultural-religioso, siguió la implantación del sistema capitalista y su secuela de dependencias, a veces de rasgo esclavista. Con el correr del tiempo, y particularmente en estos últimos años, ha habido cambios dignos de tenerse en cuenta. Tales como la desaparición del patrono tradicional. Sin embargo, a pesar de esos cambios, el sistema de dependencias sigue vigente, pero oculto ordinariamente bajo otro ropaje: Habilitación y endeudamiento.

Durante el proceso histórico han ido emergiendo diversos personajes, algunos con fama de leyenda, tales como el regatón, el patrón cauchero, el patrón colono, las grandes casas comerciales, el rematista, el "tinterillo". Estos y otros son eslabones de la cadena de poder que tiene su asidero en los grandes centros de decisión.

Una imagen apropiada para explicar la cadena de poder es la de un sistema arborescente. El poder se articula desde un nivel superior que gradualmente, a diferentes instancias, disminuye la capacidad de decisión, controlando un campo cada vez más restringido de bienes e información. En este sistema, de forma arborescente, los niveles inferiores se atomizan formando pequeños núcleos radiales que se conectan sólo por medio de niveles superiores. Esta estructuración del poder desarrolla las comunicaciones verticales y anula o empobrece las comunicaciones horizontales y transversales.

Siguiendo este modelo, hemos podido constatar, al interior de los mismos caseríos, la existencia de grupos humanos. En estos grupos las relaciones de poder adquieren forma radial, centrándose en algún individuo de status superior. Y, entre individuos de status superior, suele darse una lucha por el aumento de prestigio. Cada uno de ellos busca mejorar su poder de negociación. La situación de lucha, a veces abierta, crea tensiones a nivel de la comunidad total del caserío. Y los miembros de la comunidad se dividen, identificándose con determinado grupo. Dentro de estos grupos las relaciones son más intensas, particularmente con el centro de identificación.

Volviendo al poder de decisión, el individuo de status superior que controla un determinado grupo, trata de retener todo el poder de decisión. Y este poder de decisión lo conserva "mediante el control que ejerce sobre recompensas y castigos, en formas que no sean predecibles para los subordinados". Por eso, el individuo llega a convencerse de que, al final, siempre caerá en manos del superior. Consiguientemente, el único medio que le queda, para poder vivir, es someterse al modelo de dominación existente.

La percepción bimodal

Al sentirse cautivo, de un mundo caprichoso y ambiguo como es el de la dominación, el individuo cae en una profunda ansiedad -"la ansiedad es una

forma de vida bajo los patrones de alta dominación". Todo lo nuevo, sean personas, objetos, sucesos, comportamientos, etc., origina inquietud y temor. Y la única forma de reducir esto es usar de formas estereotipadas. La estereotipia es un patrón de respuesta que ordena y clasifica los acontecimientos nuevos. Es fácil comprender que, en el modelo de alta dominación, haya una tendencia hacia las clasificaciones sencillas y precisas que evitan ambigüedad. Ordinariamente se usa de dos categorías que polarizan respuestas extremas, por ejemplo: amigo-enemigo, bueno-malo, superior-subordinado, etc. Esta polarización bimodal disminuye la ansiedad del individuo y de este modo facilita la respuesta.

El uso de la estereotipia y la percepción bimodal dificultan los cambios graduales, pues no se cuenta con categorías intermedias que permitan su identificación. Por eso el individuo persiste en sus actitudes y comportamientos, por ejemplo de amigo o enemigo. Una persona es amiga o enemiga. Y esta imagen se mantiene a pesar de los cambios menores de comportamiento que puedan darse. Cualquier gesto que sea contrario a la imagen aceptada, se intenta interpretarlo en otra forma o bien no tomarlo en cuenta.

Pero, cuando un gesto es interpretado como oposición a la imagen aceptada, el cambio suele ser brusco, siguiendo las pautas del modelo contrario. Aquí parece estar la explicación de esos cambios rápidos y extremos que tiene el ribereño. De amigo abnegado y generoso puede pasar, casi instantáneamente a enemigo indiferente o vengativo. Es un nuevo modelo: de enemigo, el que debe seguir ahora. Sin embargo, otro gesto que se considere significativo de la relación de amistad, determinará la vuelta al modelo de amigo.

La misma estereotipia y percepción bimodal determina los cambios emotivos bruscos. El ribereño se ilusiona fácilmente, pero, con suma facilidad y en forma rápida, cae también en baches depresivos. En este sentido puede decirse que el ribereño es muy voluble.

Medio ecológico y cultura primitiva (modelo nativo).

El modelo de dominación que presentamos, está ciertamente condicionado por la cultura primitiva de la selva y el medio ecológico. Una y otro le obligan a adaptar o reformular su estrategia de acción. Estrategia que, en muchos casos, tiene un "efecto de fusión" (3), reforzando ciertas estructuras, costumbres y prácticas.

(3) Gino Germani (*Política y sociedad en una época de transición*, 1962), hablando de las ideologías de los países desarrollados y su influencia sobre las estructuras tradicionales, señala el efecto de fusión, entendido como una reinterpretación de esas ideologías en el contexto de las estructuras tradicionales.

Se sabe que el medio ecológico es un determinante mayor de la cultura; y, a su vez, la cultura configura la personalidad. Por tanto, hay que suponer que la personalidad del ribereño es una adaptación, más o menos exitosa, al medio ecológico que la rodea. Más difícil es determinar los procesos de esa adaptación. Aquí emerge un campo excitante para la investigación científica. Sin duda, las temperaturas elevadas y bastante uniformes, la abundancia de lluvias con frecuentes aguaceros, los ritmos de creciente y vaciante, la abundancia y dispersión de recursos naturales, la vegetación lujuriante, los suelos difíciles... son, entre otros, factores que han modelado y modelan las costumbres y comportamientos del ribereño. La vivencia continuada en ese medio da, como resultado, un modo de hacer, de pensar, y de ser, propios del hombre amazónico.

Por otra parte, la selva, con sus numerosos peligros, ha perfeccionado las facultades sensoriales del ribereño, haciéndole observador. Y, como observador, el ribereño es cauto, tranquilo, aparentemente pasivo; pero, llegado el momento de peligro, sus nervios se ponen tensos, y su respuesta es ágil y certera, denotando fortaleza. Además, debido al predominio de la imagen sobre el concepto, el ribereño se aleja del formalismo abstracto y tiende a la globalización intuitiva. El suyo es un pensamiento eminentemente intuitivo, semivisionario y adivinador.

Factor ecológico principal en la determinación cultural ha sido el agua. El agua condiciona la actividad productiva, ordenando los trabajos, según creciente y vaciante; el agua, siguiendo ríos y quebradas -son los verdaderos caminos de la selva-, posibilita y favorece la comunicación humana, y obliga al primitivo y ribereño a hacerse experto en navegación; el agua es despensa de una gran variedad de peces, creando hábitos alimenticios y también una actividad principal; y en el agua, el hombre de la selva encuentra alivio al calor y otras facilidades. Por todo ello, la cultura de la selva es fundamentalmente "acuática". El olvido de esta característica —la psicología acuática del ribereño, es decir, su condición de "rana" y no de "sapo"— es posible que sea causa principal, con otras, de fracasos en algunos intentos colonizadores. Por eso su importancia es grande, cuando se trata de formular proyectos de desarrollo o modelos de colonización.

Pasando ahora al campo de la cultura primitiva, ésta siguió un modelo de relaciones altamente igualitarias. Su centro era la familia y sus lazos de parentesco. A su alrededor se ordenaba el sistema socio-económico, la organización política, los modelos de asentamiento. Por otra parte, el status, el prestigio y la autoridad se derivan de cualidades carismáticas de la persona. Sintetizando, era una estructura altamente igualitaria. Y los individuos de estructuras altamente igualitarias, de muy baja dominación como es la que vivió primitivamente la selva, tienden a tener creencias, valores y orientaciones consistentes con ese modelo.

Al cambiar el modelo —en el caso de la selva, por uno de alta dominación— hay discontinuidad entre personalidad y sistema. Por consiguiente, se hace necesario **modificar** las creencias, los valores y las orientaciones. Y decimos modificar, porque no se trata de una ruptura brusca, ni de un cambio drástico de la personalidad. Más bien, es una adaptación lenta, con abandonos y reformamientos de elementos de la cultura primitiva.

Actitudes fatalistas

El ribereño amazónico lleva, sobre sí, el peso de varias culturas. De las culturas primitivas ha tomado, en primer lugar, elementos de la cosmovisión mágico-religiosa. El ribereño cree en tunchis y en malignos, en "almas que recogen sus pasos", en maleficios y embrujamientos, en los espíritus de las plantas y animales. Lo mágico está profundamente arraigado en su vida, en su modo de pensar y de ser. Y esta concepción mágico-religiosa crea actitudes fatalistas.

El primitivo selvícola era fatalista. Su mundo estaba cargado de fuerza. Una fuerza superior, de rasgo impersonal, que dominaba, en forma un poco caprichosa, la vida diaria del hombre. Y esta fuerza podía residir en cualquier persona, animal, planta o cosa. Ante ella el nativo se sentía impotente y temeroso. Su única alternativa era tratar de dominarla a través de medios mágicos. Estos medios mágicos tenían, para el primitivo, efecto sobre el mundo de la fuerza, donde se hacía el destino y la suerte.

La mentalidad primitiva encontraba un punto de apoyo en el medio físico. La selva está llena de peligros y es hostil al hombre. "Es una deidad pagana, telúrica y todopoderosa, que impone su imperio, verdadera tiranía cósmica" (4). Unas veces es la creciente que, con su fuerza devastadora, arrasa sembríos y mata árboles frutales; otras veces, son las enfermedades y plagas, muy numerosas en la selva, y otras, la pobreza del suelo, el calor sofocante, los animales venenosos, etc. que hacen difícil la vida. Ante tales dificultades, el ribereño llega a sentirse impotente y suele caer en un pesimismo fatalista, pues, como dice, "no se puede": "la creciente alaga mucho y no se puede", "padece uno mucho, el agua siempre destruye, no se puede criar animales", "mucha enfermedad y plagas y no se puede luchar", "no hay ayuda y no se puede". Estas frases reflejan, con bastante claridad, ese pesimismo que invade al ribereño.

El ribereño llega a pensar que su vida está en manos del destino y de la suerte, fuera del control humano. Y ¿qué puede hacer él, un indefenso mortal contra ese mundo externo donde se hace el destino y la suerte? muy poco o nada. De hecho, su postura corriente es la aceptación resignada, con su

(4) Roberto Mac-Lean y Estenós, "Indios en la selva del Perú. Proceso de aculturación", *América Indígena*, XXII, 103.

contorno de actitudes pasivas. El ribereño soporta, con fortaleza y admirable estoicismo, la inundación, el dolor, el sufrimiento, la enfermedad y la misma muerte. A simple vista parece que no se sintiese afectado o no fuese con él. No se queja ni se lamenta, sino que acepta resignado "ese golpe del destino o de la suerte".

Por otra parte, el fatalismo (5) del ribereño actual ha recibido un aporte básico, y posiblemente principal, de las relaciones coloniales que ha vivido la selva. El ribereño ha ido cayendo en una red de dependencias: culturales, económicas, sociales, políticas, religiosas que le han colocado en situación de inferioridad, creándole un sentimiento de impotencia. Bajo este aspecto es, sin duda, significativo el hecho de que, dentro de la escala de fatalismo, las preguntas que ofrecen los índices más elevados son: ¿qué piensa usted que unos han nacido para sufrir y otros para gozar? y ¿cree usted que los pobres se vuelven cada vez más pobres y los ricos cada vez más ricos?. Las dos preguntas tratan de descubrir el sentimiento de determinismo socio-económico que, según nuestra hipótesis formulada, acompaña al sistema de dominación colonial.

Ahora bien, en el modelo de dominación colonial, la recompensa suele ser fruto de la voluntad del colonizador, más que de la del colonizado. De este modo no hay relación directa entre esfuerzo y paga, ni entre inversión y rendimiento. El mundo aparece dividido, y así lo perciben los ribereños, entre ricos y pobres, entre poderosos y menesterosos, entre amos y siervos, entre colonizadores y colonizados. La única alternativa para el pobre, para el menesteroso, para el siervo, para el colonizado es someterse a la voluntad del rico, del poderoso, del amo, del colonizador. Y la voluntad de estos últimos es egoísta y caprichosa. Es, por eso, que el futuro se presenta incierto, con pocas posibilidades de predicción y planificación.

El individuo —en este caso el ribereño— es convencido, por medio de recompensa y castigos, que el futuro no está en sus manos. El futuro es obra de los poderosos (patrón, regatón, empleado del Estado, etc.), quienes actúan caprichosamente según el propio interés. La alternativa, impuesta por la

(5) Para C. Wrigth Mills las creencias en el destino y la suerte (fatalismo) tienen una función defensiva en aquellas personas que encuentran dificultades en el proceso de ascenso social:

"Igual que el golpe de suerte, ayuda mágica a la esperanza dentro de una estructura cada vez más limitada de oportunidades, así la idea de la mala suerte debilita el sentimiento de fracaso individual. La vida es tomada como un juego de azar, como una especie de fraternidad puramente casual de la que ha de venir la gran oportunidad. Todo ello se corresponde con la mayor rigidez de la estratificación y con la dificultad cada vez mayor para ascender que encuentran los nacidos en los niveles inferiores. El éxito para muchos se ha convertido en un suceso casual e irracional".

(Cit. en Baltazar Caravedo, Humberto Rotondo, Javier Mariátegui, *Estudios de Psiquiatría social en el Perú*. Lima 1963, 222-3.

necesidad de supervivencia, es someterse, frecuentemente con formas serviles. Lógicamente esta situación crea una mentalidad fatalista.

Vivencia del presente

En el modelo de dominación que venimos presentando, el individuo —entiéndase el ribereño— no desarrolla un sentido del futuro, en que las recompensas sean predecibles en forma proporcional a la postergación. Su patrón predominante de referencia es el presente, con su recompensa inmediata. El ribereño orienta su vida día a día, sin mayor visión del mañana. El mañana no está en sus manos y por eso no se aflige ni planifica.

Y, si el mañana no está en sus manos, ¿a qué esforzarse?. Bástele a cada día su preocupación, sin angustiarse por el aprovechamiento económico del tiempo. Aquí viene a cuento la frase que he escuchado de labios de un ribereño. Cierta día en que observaba la construcción de una casa, al advertir el dueño a los obreros que se apurasen porque ya se iba a poner el sol, uno de ellos le contestó, con la mayor seriedad: "no te apures, patrón, que mañana también va a salir el sol". En otra ocasión he escuchado también la siguiente frase dicha a un compadre: "no trabajes tanto, compadre, porque así te vas a morir pronto". Estas frases reflejan, con mayor claridad que cualquier afirmación o explicación nuestra, la filosofía del ribereño amazónico.

Para el ribereño no existe el tiempo lineal ni la ubicación exacta del tiempo y del espacio. El tiempo fluye en una dimensión cíclica. Y, por eso, no se angustia por la fugacidad del tiempo, pues éste se repetirá: se repetirá el año, con sus meses, semanas y días; se repetirá el período de lluvias, con su creciente y vaciante; se repetirán las fases de la luna; se repetirá la preparación de la chacra, la siembra, el cultivo y la cosecha; se repetirá la llegada del regatón, con sus mercaderías y sus posibilidades de trueque; y se repetirá todo el sistema de dominación que, con sus formas injustas, oprime al ribereño. Ante esta situación de un futuro que no puede controlar, el ribereño busca simplemente vivir el presente, centrándose en las sensaciones del momento.

En este punto el sistema de dominación ha encontrado, así mismo, el apoyo de la cultura primitiva, reforzando "su presentismo". Para el primitivo el presente fue también patrón preferente de referencia.

El futuro como regalo

La orientación del presente que caracteriza la vida del ribereño, no significa que el futuro no tenga importancia para él. El futuro tiene ciertamente importancia. Y de hecho, ese ribereño que se siente impotente para controlar directamente el futuro, se esfuerza en establecer relaciones de amistad con gentes de status superior. Su aspiración es hacerse de buenos padrinos o compadres. Estos serán una ayuda en caso de necesidad, al menos esto busca el ribereño.

El interés que el ribereño muestra por conocer y "codearse" con gentes de status más elevado, así como su preocupación por establecer relaciones de compadrazgo, tiene su origen precisamente en su visión del futuro. El ribereño percibe que no están en sus manos los recursos que le permitan controlar por sí mismo el futuro, y, por tanto, piensa que todos sus esfuerzos serán inútiles. Su alternativa está en contar con "buenos amigos o compadres".

El amigo o compadre da seguridad de éxito, éxito en un posible conflicto con vecinos, éxito para obtener habilitación, éxito para conseguir un determinado trabajo, éxito en un mejor porvenir para el hijo, éxito en la solución de múltiples problemas que la vida diaria plantea. A base de experiencias repetidas, el ribereño llega a convencerse que vive en un mundo —es el mundo de la dominación— donde prevalece la atribución caprichosa de recompensas, más bien que el logro o la justicia. Una frase que se escucha frecuentemente de labios del ribereño, cuando alguno de sus vecinos obtiene éxito o consigue algo, es: ¡"qué gracia, si tiene buen compadre"!

Por consiguiente, para el ribereño el futuro está en manos de otros, no dependiendo directamente de él. El simplemente puede esforzarse por establecer relaciones de amistad. Y aquí entra ya el factor suerte, pues suerte es conseguir un buen padrino o tener un buen patrón. De este modo, el futuro mejor se presenta como un "regalo" o "don" de la fortuna, más que como el fruto del trabajo o esfuerzo personal.

En esta perspectiva, el recurrir a la "mala" o a la "buena suerte", como lo hace el ribereño, es posible que tenga como fin "conservar la imagen valiosa de sí mismo". La "mala suerte" quitaría culpabilidad al fracaso, mientras que la "buena suerte" daría valor de regalo a los éxitos. Y el regalo, tan deseado por el ribereño, sería la paga a un "buen comportamiento". Por medio del regalo, el superior —sea persona humana o el mismo Diosito— manifestaría su contento. Y este "contento" o satisfacción del superior permite esperar con más optimismo el futuro. No olvidemos que el futuro es sobre todo obra del superior.

La génesis de esta mentalidad hay que buscarla en la cultura primitiva, pero su desarrollo y reforzamiento es obra de la estructura de dominación que ha vivido y vive el ribereño. Al ribereño se le acostumbró a recibir las cosas —ordinariamente artículos de primera necesidad— como "regalos" o "generosidad" de su señor: patrón, regatón u otra persona de status superior. De esta forma el patrón, el regatón, o la persona de status superior fueron tomando formas de Papá Noel que premia a los "buenos" y castiga a los "malos", privándoles de sus regalos.

En este contexto de dominación y dependencia hay que explicar el sistema de habilitación. El ribereño ha trabajado y trabaja ordinariamente a base de habilitación —habilitación: se saca mercadería del patrón, regatón,

chinganero, etc. y se paga posteriormente con productos—. Y la habilitación ha creado todo un sistema de sujeciones personales y de dependencias económicas, con sus cuentas en rojo. Frecuentemente el ribereño tiene su habilitador (patrón, regatón, chinganero, u otra persona) y sin habilitador se siente desamparado y falto de ayuda y protección. En conversaciones mantenidas con ribereños hemos escuchado con bastante frecuencia, quejas como estas: “ya no hay quien habilite y por eso no hay progreso”, “no puedo surgir porque ya no hay quien me habilite”, “estamos abandonados, pues ya no hay quien habilite”.

Las frases anotadas tratarían de quitar toda culpabilidad de fracaso. La culpabilidad se atribuye al superior, sea este el Gobierno, alguna entidad pública o privada, o alguna persona particular, por ejemplo el regatón. Esta actitud es lógica en la estructura de dominación, donde el futuro está en manos del superior.

Y, si el futuro está en manos del superior, ¿a qué esforzarse?. Por mucho que uno trabaje no podrá asegurar su futuro. El futuro se hace a otro nivel, diferente del propio trabajo, por consiguiente, trabajar para ahorrar no tiene ningún sentido.

Optimismo sobre el futuro

¿Cómo ve el futuro? El ribereño es generalmente optimista. La gran mayoría de entrevistados piensan mejorar de situación durante los próximos 5 años. Esta visión del futuro parece estar en contradicción con nuestro modelo de análisis. Sin embargo, examinando las razones que los mismos entrevistados dan en apoyo de su optimismo, está claro que no existe tal contradicción. En el diálogo mantenido con ellos repiten constantemente que “Diosito les va a ayudar”, que “esperan tener suerte”, que “la suerte les va a acompañar”.

Al pronunciar estas frases el ribereño está pensando en la ayuda externa. Confía encontrar un “buen padrino” o “compadre”, o la ayuda de alguna entidad, o bien conseguir el premio en algún sorteo. Por consiguiente, su pensamiento sigue la línea fatalista y de dependencia que marca el modelo de dominación. En este modelo, la fe mágica en el “golpe de suerte” es una respuesta muy comprensible.

El superior atribuye las recompensas en una forma caprichosa, sin relación con el esfuerzo realizado. Consiguientemente, el futuro está en sus manos. Al individuo sólo le queda aceptar las decisiones superiores. Y, en esta situación no puede planificar objetivamente sus metas.

Por otra parte, el individuo dominado, tiene, al menos en el fondo de su conciencia, deseos reprimidos de liberación. Es la respuesta lógica a toda una historia de malos tratos, injusticias, privaciones, desprecios y humillaciones

que han dejado una personalidad profundamente frustrada. Ahora bien, en el modelo de dominación, donde la cultura es bimodal: riqueza o pobreza, dominador o dominado, amo o siervo, etc., la única posibilidad de liberarse es pasar a la clase de superior. La pertenencia a dicha clase le permitirá disfrutar de comodidades y tener prestigio. Por eso, en su imaginación, el individuo vive su pasado, pero desempeñando él las funciones de superior.

Dado este contexto que presenta el modelo de dominación, es perfectamente normal que el individuo se ponga metas elevadas, al menos si se relacionan con sus posibilidades. Y la justificación radica en que sólo estas le permitirán salir de la situación de oprimido, con su acompañamiento de frustraciones. Ahora bien, la obtención de esas metas sólo es posible "por un golpe de suerte", conforme hemos indicado anteriormente.

El ribereño, siguiendo el modelo trazado, sueña en un futuro mejor, libre de dependencias. Sus metas, a veces muy elevadas, son frecuentemente ajenas a la realidad en que vive y sin relación a su esfuerzo. Pero piensa que el futuro le reserva el "golpe de suerte" que implementará esas metas. Por consiguiente, ve el futuro como un "regalo" o "don" de la fortuna, más que como el fruto del trabajo y esfuerzo personal.

El ribereño es también optimista al juzgar las posibilidades que brinda el caserío. La mayor parte de entrevistados piensan que sí es posible progresar viviendo en el caserío.

Comportamientos interesados

El individuo busca tener una mayor parte de los bienes limitados. Y, para obtener mayor parte, necesita mejorar su posición en el sistema de poder. Esto lo consigue aumentando el grado de estima en la escala de aprecio del superior que es quien distribuye los bienes. Por consiguiente, la preocupación primera del individuo es conseguir una posición mejor en el aprecio del superior. A la consecución de este fin dedica una gran parte de su energía. Por el contrario, le interesa poco el sistema o medio en que vive. Y la razón está en que, al ser los bienes limitados, se siente incapaz de ejercer control sobre ese medio. Piensa que cualquier cosa que le suceda en el futuro dependerá sobre todo, de las relaciones favorables o desfavorables con el superior, y no de las coaliciones entre compañeros.

Cuando se trata de mantener o mejorar su participación en la distribución de los bienes, el individuo es egoísta, tanto con sus compañeros como en las relaciones con el superior. Esto explicaría el comportamiento interesado del ribereño. Es evidente, al menos en muchos casos, que el ribereño, al dar algo o hacer algún servicio, está pensando en una devolución mayor. Por eso, para muchas personas preguntadas, el ribereño es muy interesado. Así, por ejemplo, regala algunos frutos de la chacra para pedir a continuación o a los pocos días que se le "preste plata" o que se le coloque a su hijo.

Es posible que el comportamiento interesado del ribereño tenga también raíces culturales. De hecho, la cultura primitiva de la selva tuvo, como rasgo importante, la comunicación de bienes entre los miembros del grupo habitacional y la retribución generosa a otros grupos, particularmente del ribereño actual de bienes que le hace unas veces interesado y otras generoso. Porque el ribereño es también generoso. Y la generosidad se manifiesta recogiendo a un niño abandonado, admitiendo a cualquiera a su mesa, ayudando a otro en un caso de necesidad, etc.; es decir, hace fácilmente a los demás partícipe de sus bienes, compartiendo frecuentemente sus cosas con otros, sean vecinos o forasteros. Posiblemente sea esta la actitud más saltante del ribereño, al menos para el visitante de fuera. Este se extrañará que, en cualquier casa, compartan con él lo poco o mucho que tengan.

Llevado por la actitud de compartir, el ribereño hace frecuentemente gastos excesivos. Cualquier ocasión, impuesta o creada, es motivo suficiente para hacer actos de despilfarro: unas veces, es la muerte de algún familiar; otras veces, la organización de alguna velada; y otras el matrimonio de alguno de sus hijos o cualquier circunstancia especial. El ribereño aprovecha estas ocasiones para consumir cantidades de comida y bebida (6). Para ello se prepara, si es posible con tiempo suficiente, haciendo trabajos especiales o aprovechando el producto de la cosecha. Ahora bien, se me ocurre preguntar, ¿esta actitud de despilfarro es motivada sólo por la generosidad? Es muy posible que intervengan otras fuerzas motivadoras, y que éstas sean principales, tales como el deseo de prestigio, la explosión de una alegría o el agradecimiento compartido de una buena cosecha, la necesidad de compañía, el deseo de romper la monotonía de la vida, pues la "chacra aburre —copio palabras de un ribereño— y de vez en cuando hay que explotar y olvidar el sufrimiento".

El despilfarro o gasto excesivo entra dentro de los cánones del "presentismo" de que hemos hablado, y, por otra parte, beneficia al sistema de dominación. Privado de recursos, el ribereño debe volver al trabajo y a la dependencia de la habilitación, con su secuela de endeudamiento.

Sintetizando, el ribereño lucha por su posición en el sistema de poder —trata de mantener y mejorar su parte en la distribución de los bienes escasos— y bajo este aspecto es interesado. Y, así, un acto de aparente generosidad lleva frecuentemente miras egoístas. Pero no estando en juego la posición en la escala de poder o su parte en la distribución de los bienes, el ribe-

(6) Conviene anotar el papel principal y céntrico que toma la comida y bebida en la organización de la vida social y comunitaria. Los domingos se visita a familiares o amigos para beber cachaza o tomar masato (masateada); las mingas o trabajos colectivos se terminan tomando y comiendo (concheo) etc. La terminación de la comida y bebida significa ordinariamente el final de la fiesta o reunión.

reño es generoso, siendo la generosidad un rasgo de la cultura primitiva. Roberto Mac-Lean y Estenós (7) dice, hablando de la amazonía: "en las comunidades selvícolas no hay intereses individuales. Todos son colectivos. El individuo actúa en función del grupo".

Actitudes conformistas

Siguiendo nuestro modelo de análisis, el ribereño debe ser más bien conformista. Y, de hecho, el conformismo es un rasgo de su carácter que anotan todos los conocedores del medio, y que nosotros hemos podido observar durante nuestra permanencia entre ellos.

El modelo de dominación, dada su estructura bimodal, no permite desacuerdos parciales. La única alternativa es la de amigo o enemigo. Por lo tanto, el miembro subordinado que necesita de los bienes del superior, debe ser amigo. Y, para ser amigo, hay que evitar todo desacuerdo que pueda poner en peligro esa amistad. Cuando se presenta alguna manifestación conflictiva tratará de reprimirla, al menos en sus manifestaciones externas. De este modo busca conservar la amistad del superior.

Dentro de la perspectiva anotada, el ribereño manifiesta su conformismo en mil maneras; soporta, con resignación, los abusos del poder y los "servicios interesados" de autoridades y empleados públicos; no reclama, o si lo hace solo débilmente, por los precios injustos que impone el comerciante, por ejemplo el regatón; no responde a los insultos y desprecios que le lanza alguna persona que él considere de categoría superior; recibe el "golpe de la mala suerte" con frialdad, casi con indiferencia. Concretando, el ribereño toma actitudes pasivas ante el mundo superior que lo rodea, y evita todas las manifestaciones conflictivas, al menos las abiertas. Estas actitudes son perfectamente normales si tenemos en cuenta el medio hostil e impredecible que ha vivido históricamente el ribereño. El ribereño ha sufrido de escasez en un mundo dominado por la relación colonial que le ha sometido a la voluntad del superior, particularmente comerciante.

El comerciante, sea patrón o regatón u otro, el empleado público, y otras personas o entidades públicas y privadas le han hecho comprender, a base de experiencias muy amargas, que es inútil todo intento de oposición. Lo quiera o no el ribereño está atado, y lo ha estado desde la primera relación colonial, a ellos. De ellos recibe los bienes escasos, tales como habilitación, artículos de primera necesidad, algunos servicios, seguridad futura, prestigio, etc.; y de ellos recibe también castigos y privaciones. Su única alternativa es someterse y conformarse. Por supuesto, la conducta no conformista suele ser sancionada.

(7) Roberto Mac-Lean y Estenós, "Indios en la selva del Perú. Proceso de Aculturación". América Indígena, XXII, 105.

La actitud conformista que impone el sistema de dominación, vuelve conservador al individuo. Y, al ser conservador, pierde su capacidad de iniciativa e innovación. Además, trata de ser obsequioso con el superior, buscando contestar en la forma que más agrade. Por supuesto, en caso de duda no contesta o lo hace en una forma indefinida.

Desconfianza del ribereño

El modelo de dominación crea, por efecto de la explotación y egoísmo que genera, un medio hostil, muy propicio para la desconfianza. Desconfianza que se ve reforzada por la percepción bimodal, según la cual las personas son conocidas o desconocidas, buenas o malas.

En el caso de la selva, el ribereño se ha vuelto desconfiado, particularmente hacia los forasteros. Y la desconfianza es una actitud totalmente lógica. Para convencerse sólo hay que echar un vistazo a la panorámica histórica. La vida del ribereño es una sucesión ininterrumpida de injusticias, desprecios, marginaciones, etc. Además, han sido tantos los engaños sufridos de gentes que llegaron a su casa y disfrutaron de su generosidad —en algunos casos puede ser que interesada— que el ribereño ya no se siente seguro del hombre desconocido, pues, como dice, “puede ser un ladrón”, o “un asesino”, o puede venir para “aprovecharse de nuestras hijas”. Por consiguiente, el hecho de desconfiar es comportarse en forma realista.

La desconfianza hace al ribereño apático, callado, casi hermético al diálogo, pues suele contestar con monosílabos a las preguntas que se le hacen. Si le es posible evita que la persona extraña llegue a su casa, pues teme que pueda traerle algún daño o hacerle una mala jugada. Pero, eso sí, una vez que el ribereño se asegura de las buenas intenciones del extraño, cambia de actitud, volviéndose amigable.

Según indicamos, la confianza o desconfianza se integran significativamente en la percepción del mundo circundante. Y este mundo puede ser potencialmente hostil, creando lo que Erick Erickson llama “desconfianza básica”. La desconfianza básica se deriva de las experiencias primeras, conforme al tipo de relación materno-infantil. Porque lo que verdaderamente “deja un residuo de desconfianza básica es una combinación de impresiones de haber sido privado, separado o abandonado por la figura materna”. Ateniéndonos a los datos de la encuesta, el niño ribereño parece gozar de un clima sano, libre de frustraciones maternas. Lo contrario sucede en la sierra, donde los índices de frustración parecen elevados (8).

(8) Investigación llevada a cabo a través del Instituto de Estudios Peruanos y seis universidades peruanas.

El gusto por la libertad

La adaptación exitosa del hombre primitivo a su medio ecológico impuso la "autoafirmación de la persona". La persona conservaba, dentro del grupo —ordinariamente grupos familiares— "su individualidad y libertad en grado difícilmente observable en otras culturas" (9). Con limitaciones, el ribereño ha recibido ese aporte ancestral. Al ribereño le gusta trabajar en libertad sin ataduras personales directas. No le gusta que le manden, ni estar bajo las órdenes inmediatas de otros, así como no le gustan los horarios fijos ni las reglamentaciones estrechas.

El gusto por la libertad que caracteriza al ribereño, parece reflejarse en su aislamiento habitacional. En la gran mayoría de los casos, el ribereño hace sus casas a cierta distancia de su vecino. Y la razón primera que da, es, según él, "no molestar y no ser molestado por las gallinitas, el chanchito, etc. de sus vecinos". Sin embargo, en el fondo de esta actitud parece existir un deseo de vida independiente, libre de la curiosidad de los otros. Y, de hecho, frecuentemente se escucha de labios del ribereño esta frase "vive uno más tranquilo".

La apetencia de libertad, por parte del ribereño, es favorecida por las facilidades que le brinda la selva. La selva es pródiga en recursos naturales: carnes y pescado, así como otros alimentos. Estas facilidades alimenticias, unidas a los aspectos climáticos, y también a la abundancia de tierras así como a otras ventajas favorecen la vida de subsistencia. Sin embargo, tiene su contrapartida: un medio físico hostil a la regulación o manipulación. Por eso, el ribereño al no poder dominar la naturaleza selvática, trata de adaptarse a ella, buscando el máximo provecho con el mínimo esfuerzo, como simple arrendatario transitorio. Y, al ser arrendatario transitorio, el ribereño no se compromete a fondo, ni se identifica con ningún trabajo, como dice M.H.Kuczynski Godard (10):

"El hombre amazónico forzosamente se mantiene viviendo. Vivir, en la amazonía, es mantenerse... Cada uno sabe algo de cada trabajo que entra en la órbita de su existencia por ser su base como ha sido lo mismo con sus padres. Pasajeramente el hombre roza el terreno para hacer su chacrita; pasajeramente el hombre sale a la pesca y el pescado le sirve durante mucho tiempo; pasajeramente se impone algún otro trabajo; la construcción de un tambo, de una cocina, etc.; pasajeramente sale

(9) Encuentro Misional en el Alto Amazonas. Documento final.

(10) Maxime H.Kuczynski-Godard, San Pablo. Actualidad y porvenir. Un informe sobre la reorganización de la colonia con apuntes sobre la sociología médica de la lepra en el Oriente Amazónico. Lima, 1942, p. 76.

el hombre también para ganar algunos centavos, trabajando como peón”.

La psicología de arrendatario transitorio, apoyada en las facilidades que brinda la selva y en la dispersión y rápido agotamiento de los recursos, crea actitudes migratorias y nómadas en el ribereño. El ribereño se ausenta frecuentemente del hogar, y sus ausencias pueden prolongarse durante semanas y aún meses, sobre todo cuando trabaja en la extracción de madera, o se dedica a la captura de peces ornamentales, o a la caza de animales de piel fina. Y el ribereño cambia, con suma facilidad, su lugar de residencia. Entre las personas encuestadas —se trata de una muestra muy representativa—, el 71.42 o/o del río Amazonas y el 61.99 o/o del río Napo han nacido en otro lugar, diferente del caserío donde viven; aún más, muchos de ellos, en concreto el 70.18 o/o del Amazonas y el 63.46 o/o del Napo, han vivido en otro u otros lugares, además del lugar de origen.

Individualismo ribereño

La “individualidad” del ribereño ha sido extremada, en su dimensión egoísta, por el modelo de dominación. El ribereño quiere tener sus cosas propias: su casa, su chacra, su bote, su canoa, etc. Esto le da independencia y entra dentro de los cánones de la competencia —propia del modelo de dominación capitalista—, con su acompañamiento de desunión y envidia. Con todo, la civilización no ha podido formar todavía un ser económico, es decir, un hombre motivado por la ganancia máxima y el ahorro capitalizador.

El modelo de dominación favorece y promueve el individualismo del ribereño, motivando los comportamientos competitivos. Al poner el futuro en manos del superior es fácil que el ribereño no vea utilidad alguna en cooperar con sus semejantes, pues éstos no le reportarán beneficio alguno. Todo lo contrario, pueden ser ocasión de daño ya que se puede pensar que, al ser los bienes escasos, lo que se le da a uno se le quita a otro. Conforme a esta percepción, la vida es como un juego en que si uno gana otro tiene que perder. Y, por supuesto, todos quieren ganar.

A su vez, la competencia entre individuos del mismo status refuerza las actitudes individualistas y su secuela de envidia y desunión. Se envidia a la persona que tiene mayor parte en la distribución de los bienes escasos. Y, cuando peligra la posición en la estructura de poder, se toman actitudes competitivas entre los mismos compañeros. Además, el individuo piensa que obtendrá más si actúa solo, y, por eso, es fácil al engaño y a la compra, traicionando a veces a sus compañeros.

El hecho anotado crea un ambiente potencialmente conflictivo. De hecho, el ribereño entra fácilmente en competencia con sus vecinos y con personas de su mismo status. Parece como que le molestase o perjudicase el éxito del vecino, al menos esto da a entender en sus palabras y acciones. Actitud

lógica en un medio de escasez, donde se piensa que los bienes son pocos y que el beneficio de uno es pérdida para otro.

Al atomizar las relaciones, el modelo de dominación vuelve débil la vida comunitaria. Debilidad que se apoya tanto en la ausencia de alternativas de existencia para el subordinado como en la situación de competitividad potencial entre compañeros. El individuo aprende, a base de repetidas experiencias, que la recompensa y el castigo están, sobre todo, en manos del superior y no del grupo. En consecuencia, el grupo pierde gran parte del poder de control sobre cada uno de sus miembros. Y la pérdida de control trae una disminución de la cohesión. La situación anotada perjudica la acción comunitaria. Una queja, frecuentemente escuchada durante nuestras entrevistas, es que las personas del caserío son irresponsables, no asistiendo a los trabajos públicos. Y es que, al debilitarse los controles del grupo, las normas de comportamiento comunitario comienzan a resquebrajarse. El individuo busca cualquier excusa para dispensarse. Y la dispensa de uno es un mal contagioso que provoca una reacción en cadena.

Toda esta situación de debilitamiento de la vida comunitaria que venimos presentando, se agrava como consecuencia del desinterés que muestra la autoridad. Y la razón está en que la autoridad se ha adaptado también al modelo de dominación, identificándose o sometiéndose a la estructura de poder. Su posesión da acceso a la categoría de superior, con todas sus ventajas, y también legaliza la dominación. Por eso los individuos están muy interesados en ejercer roles de autoridad, sin que perciban realmente relación alguna de estos con la responsabilidad. La responsabilidad no se percibe como actividad fundamental en el ejercicio de la autoridad. Tal desvinculación es lógica en el sistema de alta dominación, donde no aparece relación alguna directa entre esfuerzo y recompensa. De hecho, se llega a la autoridad no por méritos personales, sino por elección caprichosa del superior.

En la selva, la irresponsabilidad y mal uso de la autoridad es un mal crónico que sufre desde los primeros momentos de la colonización. Su contagio parece general a todos los niveles. Las quejas o el simple comentario contra esa situación es materia frecuente de conversación. En las reuniones que hemos mantenido con los pobladores de los diferentes caseríos, era tema obligado de diálogo, pues, según ellos, la falta de autoridad o el mal uso de la misma ocasionaba situaciones anormales y retrasos para la vida comunitaria y el progreso en casi todos los caseríos visitados.

Aspiración ribereña: ¿llegar a superior?

Tener una radio transistor, poseer una máquina de coser aunque no se utilice, ponerse al día en la moda, etc., son aspiraciones de todo ribereño. Y es que, para el ribereño, esos objetos son signos de prestigio, independientemente del valor utilitario que tengan. A través de ellos se busca ser superior

al vecino, teniendo algo más o mejor. Por consiguiente, no hay que extrañarse si, a su vista, el ribereño se ilusiona fácilmente, al igual que un niño, no importándole gastar sus escasos ahorros o simplemente endeudarse. "Endeudarse" es la palabra que explica, mejor que cualquiera otra, las relaciones de dominación en la selva. Es el clásico círculo vicioso del sistema de dominación colonial: la apetencia de objetos de prestigio lleva a una dependencia mayor.

El sistema de dominación ha incentivado la adquisición de esos objetos de prestigio, con el fin de fortalecer las ataduras de dependencia. Al ribereño se le ha ilusionado con el señuelo de la "civilización": ponerse al día da distinción y confiere rasgo de superior. Y ser superior es el punto de referencia de todo individuo en un sistema de alta dominación, marcando su nivel de aspiraciones.

Aspiración frecuente del ribereño es llegar a tener su bote y también convertirse en regatón o comerciante. Es el medio para liberarse de las ataduras de dependencia inmediata y, además, permite ascender a la categoría de superior: con todas sus ventajas.

Evidentemente, el ribereño se siente ordinariamente impotente de llegar a esa categoría de superior; y más impotente cuando se trata de grados más elevados. Por eso su nivel de aspiraciones lo proyecta ordinariamente en deseos para sus hijos. Bajo este aspecto, la escala de aspiraciones ocupacionales es bien elevada (11). El ribereño desea que su hijo "llegue a ser algo". Llegar a ser algo es la frase que refleja, en el lenguaje del ribereño, el techo de aspiraciones. Así, "llegar a ser algo" significa que el padre no quiere que su hijo lleve la misma vida, y, por eso, es frecuente escuchar de sus labios esta otra frase: "que sea algo más que yo"; "llegar a ser algo" significa, así mismo, para muchos que los hijos tengan una profesión; y "llegar a ser algo" significa principalmente obtener la categoría de superior en la relación con los vecinos.

Ahora bien, el canal que, según el ribereño, puede posibilitar la obtención de esa categoría de superior, es la educación, vista como instrucción escolarizada (12). Para lograr esa educación el ribereño hace cualquier sacrificio, hasta la separación física de sus hijos. El deseo de todo ribereño es que su hijo estudie, si es posible en Iquitos u otra de las ciudades de la selva. Y es que la ciudad ofrece mayor número de alternativas, no sólo educativas, que posibilitarán el ascenso. Por eso la ciudad atrae fuertemente al ribereño.

(11) IPA, *El trabajo, el comercio y la agricultura, en los ríos Amazonas y Napo*, Lima, 1977.

(12) La mayor parte de los ribereños desean emigrar a la ciudad y la motivación principal es para que sus hijos estudien.

Habilitación y endeudamiento

El deseo de ser superior —lo hemos indicado anteriormente— crea, en el ribereño, mayores apetencias y le abre a nuevas necesidades. Por otra parte, su capacidad productiva es baja, ordinariamente de autosubsistencia, y muy bajo su nivel de ahorro. Por consiguiente, ha habido una tendencia, constantemente creciente por parte del ribereño, a pedir prestado, solicitando habilitación del Banco u otra entidad del Estado, del regatón o comerciante, o de alguna persona o institución pública o privada. Evidentemente, esto lo ha colocado a la larga en una situación permanente de deudor.

“Podemos afirmar —cito palabras del estudio IPA— que la cuenta es el punto clave de las ataduras comerciales. Todo comerciante tiene su clientela: personas a las que habilita y abre cuenta ¡y qué difícil es cancelar esta cuenta!”. Y es que para el ribereño resulta difícil equilibrar su presupuesto. La mayoría de ellos viven con base en las ventas futuras, es decir, han comprometido ya el fruto de su trabajo. Un trabajo frecuentemente improductivo ante las circunstancias adversas que vive el ribereño. Ello le obliga a recurrir: a nuevos préstamos para recomenzar un nuevo ciclo.

Habilitación y endeudamiento son las dos formas económicas privilegiadas por el modelo de dominación de la selva. Dos formas que atan económicamente al ribereño; pero que, al mismo tiempo, le permiten disfrutar de bastante libertad en sus movimientos. Esto responde a las características ecológicas de la selva y a su adaptación cultural. En el estudio socio-económico de los ríos Amazonas y Napo (13), al hablar de la habilitación, se dice: “la habilitación es una forma preponderante en las relaciones comerciales de la zona. Eso sí, la misma habilitación reviste diversas modalidades según lugares, productos de venta, tipos de habilitador, etc.”.

En la selva el medio de producción más importante no es la tierra, porque todo el mundo tiene libre acceso a ella en cantidades indefinidas, sino el capital monetario disponible para la habilitación y el negocio. Por eso la dominación misma en la selva se sitúa al nivel de la actividad comercial, y muy poco a nivel del trabajo asalariado. Es así como el superior y el subordinado se vinculan económicamente. La importancia de esta vinculación no se encuentra en la cantidad de los productos comercializados, o en el valor de los productos comprados; se halla más bien en la calidad de las relaciones comerciales. Y la calidad de esas relaciones comerciales marca los tipos y formas de dependencia.

La psicología de endeudamiento, creada por el sistema de habilitación, ha favorecido las actitudes pasivas. El ribereño se ha adaptado a esas formas de dependencia. Y, unida a la psicología de endeudamiento, está la difícil-

(13) IPA, *El trabajo, el comercio y la agricultura en los ríos Amazonas y Napo*, p. 75.

tad para devolver o pagar la deuda que experimenta el ribereño. Porque el ribereño es **difícil para cancelar sus cuentas**. Muchas veces hay dificultad para disponer de los productos o el dinero que hay que entregar, y, otras, no hay deseo de devolver. Esta actitud última es posible que sea un cobro indirecto y retrasado por la relación de dependencia y su secuela de injusticias que ha vivido históricamente el ribereño; también es posible encuadrarla en los valores de la cultura primitiva.

Ambiente familiar

Retrocedamos a la cultura primitiva. Las relaciones socio-económicas de los grupos nativos se estructuraban alrededor de la **organización familiar**. Por tanto, "las relaciones entre los diversos individuos y grupos de una tribu se establecían y regularizaban bajo cánones familiares. . . , Eran culturas económica, política y socialmente familistas" (14). Su forma de asentamiento reflejaba este carácter (15). El núcleo habitacional, formado por una o algunas casas, reunía ordinariamente a una familia extensa. Este rasgo familista fue roto, en parte, por el fenómeno civilizador y su filosofía individualista. Con todo, el ribereño actual conserva, aunque modificado, el ambiente familista.

En la casa del ribereño viven frecuentemente, además de los miembros de la familia nuclear, otras personas que pueden ser las esposas de los hijos, los nietos, algún ahijado, etc. En otros casos la vivienda de los hijos se construye cercana a la casa paterna. Esta proximidad física es, sin duda, significativa de fuertes ataduras sentimentales. Y, de hecho, la organización familiar se constituye en eje de la vida social. La familia es grupo principal de distracción. Especialmente los domingos, el ribereño gusta de visitar a sus familiares y charlar con ellos. Y la familia es también principal ayuda en los trabajos, como abrir una nueva chacra, ir a montar o salir a pescar varios días. Por consiguiente, la familia se constituye en fuente de seguridad emocional y física. Esto nos permite concluir que la cultura del ribereño es de tipo familista.

El rasgo familista penetra profundamente toda relación social. La misma amistad se integra dentro de un contexto familiar, dándole un contenido de hermandad espiritual. Entre los quichuas del río Napo, se habla de "hacerse de familia", "hacerse pariente", "hacerse amigo". Particularmente importante es, para el ribereño, la institución del **compadrazgo**. El compadrazgo es una institución de parentesco ceremonial. El compadre es un verdadero familiar que entra dentro del círculo de relaciones íntimas. Del compadre no se recela, más bien se espera consejo y ayuda en caso de necesidad.

Este rasgo familista, así como las instituciones de parentesco ceremonial, han sido aprovechadas por el sistema de dominación y particularmente

(14) Encuentro Misional en el Alto Amazonas. Documento final.

(15) Jesús V. San Román, "Pautas de asentamiento en la selva", *Amazonía Peruana*, II, p. 29-52.

por uno de sus personajes más connotado: el patrón, para reforzar las ataduras de dependencia. El ribereño "peón" se convirtió frecuentemente en ahijado del patrón, llevando a veces sus mismos apellidos. Y, por supuesto, esta mayor identificación llevaba mayor fidelidad y también mayor responsabilidad.

El familiar, el compadre y el vecino ayudan en los diversos trabajos, particularmente de chacra. Esta ayuda se canaliza ordinariamente a través de instituciones tales como la minga, el trabajo rotativo de chacras, etc. Son instituciones que responden perfectamente a las condiciones socio-económicas de la selva, así como a sus características ecológicas. Además, conservan un rasgo de la cultura primitiva: "la forma colectivista-comunitaria de la estructura económica".

Aislamiento familiar y actitud comunitaria ¿dos realidades que se complementan?

La cooperación "familiarista" de que venimos hablando, nos permite afirmar la existencia de actitudes comunitarias en el ribereño. Pues actitudes comunitarias son la ayuda entre familiares y vecinos, el deseo de hacer los trabajos en compañía (16), el gusto por las celebraciones comunitarias, etc. Un matrimonio, un velorio, una velada, una enfermedad... son ocasiones que excitan la solidaridad mutua y propician la unión. Esto parece indicar la existencia de un clima emocionalmente sano. Y, de hecho, si atendemos a la formulación de Erick Erickson y a los datos de nuestro estudio (17), el ribereño no es dominado mayormente por algún componente afectivo hostil básico hacia sus vecinos.

Para el ribereño es importante "vivir bien con los vecinos", "ser amable", "ser buen amigo", "estar unidos", "no tener rencor", "no hacer daño", "ser hospitalario", "invitarse para visitas mutuas". Estas frases repetidas por casi todos los entrevistados, indican la importancia de la cultura primitiva, favorecida por los condicionamientos ecológicos y socio-económicos. El ribereño, quien vive ordinariamente en un aislamiento físico y en medio de peligros, necesita de la ayuda de sus familiares y vecinos.

Un dato que debe tenerse en cuenta al hablar del contexto comunitario es el papel que juega la comida y bebida. El ribereño celebra, por medio de la bebida, su encuentro con el compadre, amigo o familiar, y también acude a la bebida para manifestar el aprecio o aceptación de una persona. Negarse a beber suele tomarse como un rechazo o desprecio. Es posible que esto se de-

(16) IPA, *El trabajo, el comercio y la agricultura en los ríos Amazonas y Napo*, p. 64.

(17) *Estudio Socio-económico de los ríos Amazonas y Napo*.

ba a que la bebida libera de frustraciones e inhibiciones —producto de la implantación del modelo de dominación capitalista— favoreciendo la comunicación. Sin embargo, el alcohol es también principal enemigo de la paz comunitaria. El ribereño es muy inclinado al alcohol —tal vez sea, al menos en parte, una válvula de escape a la psicología del oprimido— bebiendo con exceso cachaza, masato, y, en proporción creciente, cerveza. Y el exceso de bebida trae, como consecuencia, insultos, riñas, peleas, lesiones físicas, etc. Por consiguiente, no es de extrañar que las personas entrevistadas, incluyendo a los niños, pongan, como principal defecto del ribereño, la borrachera.

La actitud comunitaria no contradice lo dicho anteriormente sobre el individualismo del ribereño. El individualismo se sitúa al nivel de la posesión y de las apetencias, con todas las fricciones y conflictos que esto conlleva.

Ahora bien, ¿cómo se compagina la actitud comunitaria con el aislamiento físico que suelen mantener las familias ribereñas?. Es posible que dicho aislamiento tenga, como una de sus causas motivadoras, el deseo de conservar esa vida comunitaria, evitando las relaciones de vecindad directa que son las que suelen crear mayores tensiones entre vecinos. Según esta hipótesis (18), la vida comunitaria y el aislamiento habitacional, aunque en aparente contradicción, serían dos realidades que se complementan, reforzándose la una a la otra: el aislamiento habitacional favorecería la vida comunitaria, evitando muchos roces; y la vida comunitaria favorecería el aislamiento habitacional, prestando ayuda física y psíquica. La resultante de esta dinámica sería una fuerte individualidad y una profunda aspiración comunitaria. Por otra parte, el aislamiento habitacional impulsaría una mayor cohesión familiar.

(18) Esta hipótesis tiene importancia, pues condiciona el tipo ideal de caserío para la selva.